

Joseph E. Stiglitz (1943)



Nació en 1943 en Gary (Indiana, Estados Unidos). Fue profesor en Yale, Princeton, Oxford y Stanford y consejero de la Administración Clinton. Se ha destacado en su labor como economista jefe del Banco Mundial y por haber tenido un papel muy importante en las intervenciones de este organismo financiero internacional en países como Rusia, Indonesia y Brasil.

En noviembre de 1999 dejó el Banco Mundial. Oficialmente fue para dedicarse a la enseñanza, aunque en opinión de muchos analistas se vio obligado a hacerlo debido a sus críticas al Fondo Monetario Internacional. Actualmente imparte clases en la Universidad de Columbia. Durante 2008 fue el economista más citado del mundo.

Stiglitz ha estudiado con detenimiento el fenómeno de la información asimétrica (una de las partes dispone de más información que la otra), que es clave para entender muchas características de los mercados, incluido el desempleo y las políticas crediticias. En 2001 se le otorgó de forma compartida el Premio Nobel de Economía por sus estudios sobre el mercado y la información.

Las principales tendencias desarrolladas recientemente sobre el papel del Sector Público en la economía se deben en parte a la concepción de lo que Stiglitz ha denominado «Nueva Hacienda Pública», cuyo campo de estudio es definido con más precisión y en el que la lógica microeconómica es introducida para los estudios teóricos y para interpretar el comportamiento racional de los agentes económicos.

Para Stiglitz, el enfoque positivo de la actividad financiera pretende no solo analizar las consecuencias de medidas gubernamentales concretas, sino también describir las actividades del Sector Público y el comportamiento de las fuerzas políticas y económicas que dan lugar a esas medidas.

En cuanto a sus estudios, pone de manifiesto tanto los fallos del mercado como los del Estado. Está en contra de las ideologías neoliberales, que dan por sentado que los mercados o la información, entre otros elementos, son perfectos. Stiglitz considera que a los liberales les preocupa que el Gobierno tenga un peso excesivo, pero los Estados débiles no pueden proporcionar ni ley ni orden, ni hacer que se respeten los contratos, ni crear un clima de confianza. La cuestión está en cómo establecer el marco regulador adecuado y una política pública que mejore los resultados de los mercados y del Gobierno.